

EL AMOR DE LOS PADRES Y EL AMOR DE LOS HIJOS

por Francisco-Manuel Nácher

Antes de comenzar nuestro descenso al Mundo Físico para una nueva encarnación, si estamos relativamente evolucionados, si nuestro Yo Superior está lo suficientemente despierto, escogemos los que serán nuestros padres en esa inmediata vida. Si no es así, se nos asignan por las Jerarquías que nos están ayudando a evolucionar.

Por otra parte, si los Yoes Superiores de nuestros padres han alcanzado un nivel suficiente, aceptan consciente y libremente su papel. De ahí nacen generalmente padres e hijos responsables y que cumplen bien su cometido, ayudándose unos a otros, según la época de la vida.

Porque, ordinariamente, el papel de padres lo representan quienes tienen deudas contraídas con su futuro hijo, en otra vida enemigo al que perjudicaron gravemente y al que han comprendido, gracias a su evolución, que le deben amor y servicio altruísta.

Pero, si no existe un nivel mínimo de evolución, si, en el Tercer Cielo no se es capaz aún de comprender el juego de la Ley de Retribución y que las ofensas de una vida se pagan con amor y con sacrificios, generalmente en otra, entonces los padres son asignados por los Señores del Destino entre personas con deudas de amor frente a nosotros. Y esa ignorancia de la ley cósmica y ese retraso en la evolución hacen que los padres no se sientan obligados a sacrificarse por los hijos, ni éstos a respetar ni a ayudar a aquéllos en su vejez.

Ésta es la razón de esos odios que, a veces, se dan entre padres e hijos. No conocen la ley cósmica ni son conscientes de sus anteriores errores, pero, sin embargo, sí sienten un rechazo especial contra ese hijo o contra esos padres, una tendencia especial a despreciar y aún a perjudicar a esos espíritus que en otras vidas les perjudicaron gravemente.

Y lo mismo se puede decir de los hermanos: Espíritus que en otras vidas nos ayudaron, y ahora debemos pagarles aquella ayuda, o nos perjudicaron, y ahora deben pagarnos aquella deuda. Y de los

parientes y amigos y allegados. Y de los enemigos. Siempre estamos repitiendo actuaciones, por activa o por pasiva, hasta que nos demos cuenta del juego y comencemos a reaccionar y a pagar deudas y a perdonar ofensas. Entonces estaremos ya en el camino que conduce a la evolución consciente y dejaremos de ser meros juguetes del destino, que no es sino el efecto de la Ley de Retribución, que arroja sobre nosotros, sencillamente, las consecuencias de nuestros propios actos, con el fin de que, mediante el dolor o la satisfacción que nos producen, recapacitemos, nos elevemos, veamos la luz y nos convirtamos en directores de nuestras vidas.

Sabiendo lo que antecede, ¿cuál deberá ser nuestra postura frente a nuestros hijos o frente a nuestros padres o frente a nuestros enemigos? Sólo de nosotros depende el que no tengamos que experimentar en otra vida, incrementado, el dolor que los malentendidos, los roces, los orgullos llevados al extremo, los desamores, etc. nos producen continuamente.

* * *